



Ángeles de mármol

Tamara Roca Martínez.

Toda mi vida había estado sometida a una cárcel con forma de milagro eclesiástico. Ni siquiera recuerdo el momento en el que me llevaron al convento. Sor Carlota insistía en no desvelar el porqué de la muerte de mi madre, una joven que quedó viuda al poco de quedar embarazada. Solo recuerdo de ella el olor a canela y el pelo claro; yo tenía cinco años cuando todo pasó y hacía casi diez que ella donaba importantes sumas al convento.

Desde el primer día me trataron como una novicia más, lo cual, he de admitir, no me agradaba en absoluto. Lo que sí que no era un secreto para mí era que el dinero, que dejó como herencia mi madre, se invirtió íntegramente en las reformas del convento y que ni una mísera moneda se invirtió en algo que tuviese relación conmigo. El emblema de las monjas Terlíneas fue renovado, al igual que el diseño de sus hábitos y, en consecuencia, el cien por ciento de su ropero.

A mi madre la enterraron en los jardines del convento, junto a los muros del norte, bajo los álamos. Su tumba era una verdadera obra de arte, de un blancor pulcro, un ángel de mármol mantenía su belleza, intacta en el tiempo. Aunque la escultura estaba estropeada, seguía atrayéndome con divina fuerza; algunos dedos se habían roto...; se mantenía arrodillada, con una mano en el pecho y la otra señalando el cielo, miraba hacia arriba y una lágrima, perfectamente tallada, decoraba sus mejillas. El pelo se extendía y enrollaba hasta su cintura, parecía completamente real, se podían diferenciar

cada uno de los cabellos. Sor Carlota insistía en que lo único que diferenciaba a mi madre de aquella figura eran las alas de plumas perfectamente talladas.

Llegó el día de mi decimoséptimo cumpleaños. Comenzaba a tener inconformidades con sor Carlota, mi paciencia se agotaba cada día y el mundo, que me ofrecían los ejemplares de la biblioteca del convento, comenzaba a quedárseme pequeño. Mi madre había dejado mi tutela en manos de la madre superiora, lo que significaba que quedaban algo más de 365 días para salir de aquella jaula de muros santos. No eran las monjas quienes me incomodaban, ni los hábitos que me obligaban a vestir, no eran los rezos continuos, ni la vida basada en la religión...; simplemente estaba cansada de preguntarme a mí misma qué había más allá de la iglesia y el claustro. Hacía ya un par de meses que llegó a mis oídos la noticia de que las dos hermanas de mi madre llegarían al pueblo en un par de semanas; eso me daba una halo de esperanza, mis ansias eran demasiadas, ya no lo quería..., necesitaba salir de aquel lugar.

Como cada viernes, acudí a confesar mis pecados ante el padre Mateo. Después de cumplir mi penitencia, el padre se acercó al banco en el que, todavía, permanecía arrodillada. Con el rosario entre mis manos lo besé, haciendo entender al padre que ya había terminado, y me senté junto a él. Hablar con Mateo era siempre una forma de sentir relajado el espíritu, me hacía verlo todo más claro con tres palabras cien por ciento alentadoras. Comentamos, con plena sinceridad, la posibilidad de trasladarme con mis tías a la antigua casa de mis padres, cerca de la plaza central del pueblo. De acuerdo tanto con las normas del convento como con la leyes, era completamente posible y, sin dudarlo un momento, nos dirigimos al despacho de la madre superiora para pedirle permiso como tutora legal. Accedió sin oposición ninguna alegando que yo no merecía seguir encerrada allí durante más tiempo y que lo más justo era que me trasladase con las hermanas de mi madre. Antes de que acabara esa semana tenía todas

mis pertenencias empaquetadas, ya habían avisado a Araceli y Carmelina, mis tías, de que me trasladaría con ellas en cuanto llegaran a la casa, a lo que respondieron :

- ¡Perfecto!... Cuando llegues, tendrás en tu habitación un regalo.

La ilusión que sentí era inexplicable. Justo en el momento en el que ya no podía respirar más que aura bendita, parecía que, al fin, algo me sacaría de allí dándome, al mismo tiempo, algo de oxígeno. No quise marcharme del lugar sin hacer las paces con Sor Carlota, la monja que me había educado desde que llegué al convento a los cinco años y con la cual, en las últimas semanas, había tenido demasiadas discusiones causadas por mis deseos de salir de allí.

El día diez de Julio de 1957 me despedían, desde la gran puerta de hierro forjado, todo un séquito de monjas, el padre Mateo, doce años de recuerdos religiosamente avenidos y la pulcra tumba de mi madre. Al otro lado de la puerta me esperaban un chofer, dos mujeres de unos 50 años y un coche blanco último y lujoso modelo. Creo que mi cara se tornó del color de aquel vehículo, blanca, completamente pálida. En aquel momento no era consciente, la felicidad y curiosidad me impedían serlo, pero muy pronto todo en mi vida cambiaría.

Al llegar a la casa, en el luminoso recibidor, me asistió una joven que se empeñaba en llamarme señorita. Mis tías, llenas de ilusión, se empeñaron en enseñarme una por una las grandes habitaciones y estancias que, en su día, mi madre y yo ocupábamos. La mayor sorpresa fue al salir al jardín. Un cuidado césped, flores coloridas y, como si de un cuento se tratase, el fondo adornado por una pequeña fuente de piedra. Desde el jardín se vislumbraban unos balcones y galerías que daban a la segunda planta. Araceli, la mayor de las tres hermanas, me insinuó que aquellos balcones pertenecían a la que, hacía ya doce años, había sido la habitación de mi madre y en la que me instalaría yo. Emocionadas, las tres nos dirigimos hacia el perpetuado

cuarto. Sobre la elegante cama y en el interior de los armarios que permanecían abiertos, el regalo de mis tías: todo tipo de ropa, para cualquier ocasión y estación del año, conjuntos de corsetería, pijamas y complementos, artículos de maquillaje y belleza, zapatos de todos los colores, alturas y comodidad...; me habían regalado todo aquello que yo nunca había tenido. En un pequeño tocador, junto a un pie de baño, había perfumes, alfileres para el cabello y un fino conjunto de cepillo y espejo de mano, ambos de plata. Me sentía extremadamente afortunada, no solo por tener todo aquello de un día para otro, sino también de reencontrarme con unas personas que, al parecer, me tenían tal amor como para colmarme con aquellos maravillosos regalos. Fue Carmelina, con sus ojos claros y sinceros, la que me pidió por favor que le dejara ayudarme a probar todo el ropero... ya que, al parecer, era una gran aficionada a la costura y ella misma me lo arreglaría. Alguna prenda necesitaba pasar tres puntos de aguja, pero, por lo general, toda la ropa me quedaba prácticamente hecha a medida...; según ellas, utilizaba la misma talla que mi madre a mi edad. Aquella misma noche llegaron noticias de Francis, el marido de mi tía Araceli. Llegaría de Francia a finales de aquella misma semana. Él y mi tía eran dueños de varios viñedos en Burdeos, en los cuales sus dos hijos trabajaban como regentes. Mi tía Carmelina, por el contrario, permanecía soltera y se dedicaba a parlotear sobre la política franquista vigente en España. Pertenecía a varias congregaciones de trabajadores y estudiantes y, como mujer culta, se movía por las recepciones de escritores y pensadores, no del todo anónimos, de la época.

En el pueblo la gente se sentía aislada y, en consecuencia, bastante segura. Había varias haciendas y casas en las que se retiraban personas adineradas que, normalmente, eran perseguidas por el régimen al que éramos sometidos. Con la emigración rural el

pequeño pueblo quedaba casi vacío y las parcelas y cultivos eran vendidos a gente que necesitaba sentirse alejada del franquismo.

Cuando mi tío Francis llegó a casa, nunca olvidaré aquel detalle, llovía tanto que por los cristales se colaban algunas gotas de agua. Cuando Francis entró por la puerta, permanecíamos todos en el recibidor y, con su cara siempre sonriente, apartó su gabardina y sombrero empapados de tormenta de verano y me preguntó, con su particular acento francés, si yo era la niña que, hacía ya tantos años, correteaba por entre sus piernas. Entonces, del bolsillo de su fino chaleco, sacó un pequeño paquete. Un presente empapelado con hojas de periódico francés, malamente anudadas con un cordel de simple esparto...; pero el detalle fue una maravilla: una novela, delicadamente adornada en sus tapas y hojas, sobre una historia que, con el paso de los años, he leído cerca de cien veces.

Aquella noche, en el acogedor comedor, celebramos la llegada del tío Francis con una cena e invitados especiales. Acudieron, entre otros, varios amigos de mis tíos, como el director de un periódico francés y un anciano escritor español que se mantenía con la pluma alzada por temor al exilio. Para la ocasión estrené uno de los trajes que mi tía me había arreglado y que, más tarde, se convirtió en uno de mis favoritos. Era un traje en tonos verdes, a cuadros, con mangas que dejaban al descubierto las muñecas y un cuello de barco que, muy delicadamente, dejaba al descubierto parte de mis hombros. Fue aquella noche cuando conocí a Pietro, un joven italiano, estudiante de derecho, que acompañaba a su padre por cierta y total admiración hacia su trabajo. Estuvimos conversando acerca de mi formación en el convento y de sus planes de escribir un libro sobre la vida de su padre. Fue a raíz de mi historia cuando, junto a la chimenea, no a muy tempranas horas, me contó algo que causó mi desengaño y, en consecuencia, mi todavía actual desconocimiento de los verdaderos hechos.

Me estuvo comentando una leyenda que corría de boca en boca por los “intelectuales” de su edad. Una entretenida historia que, no se sabía si cierta o inventada, nadie se atrevía a plasmar definitivamente entre las tapas de un libro. A cada palabra que difícilmente en castellano pronunciaba, mayor era el dolor de pecho que me producía..., mayores mis ganas de que callara, pero también más inmensa la necesidad de que continuara relatando. La historia comenzaba con la sutil descripción de un día de invierno en la que una mujer, cansada de la opresión que le causaba su familia, decide dejar a su hija de corta edad con su tía, una hermana de la caridad que se dedicaba a ayudar a los más necesitados en los hospitales de posguerra. La monja, al no poder dedicarse a la ayuda desinteresada y a su sobrina al mismo tiempo, decide ingresar a la niña en un pequeño convento, alejado de la ciudad, en el que crecería llena de sabiduría y fe. Es entonces cuando, con la intención de que la niña, ya casi una mujer, no sospechara la gran mentira y deshonra de su madre, le relatan una falsa historia en la que una mujer, comprometida con el bien de la comunidad de devotas, fallece muy joven y decide dejar en manos de aquella congregación, a la cual ayudaba tanto, la educación de su hija. Para evitar más preguntas incómodas por parte de la niña, las monjas la convencen de que una estatua, que representa el ángel que se le aparece a San Juan ante la visión apocalíptica, es la viva imagen de su madre angelizada bajo la que descansa eternamente.

Aquella historia me dejó boquiabierta y completamente absorta en la visión de la tumba de mi madre. Seguramente mi rostro palideció en aquel momento, pero estoy segura de que Pietro reía hacia sus adentros mientras, muy educadamente, insistía en su pregunta: -¿estás bien, te hice recordar algo de tu pasado?-. No me quedó más alternativa que abandonar el salón en aquel mismo instante. Su broma de mal gusto me hizo un daño que creía que ya nadie podía causarme. Y es que no solo había sentido por

un instante que mi madre seguía viva y me había abandonado, sino que también sentí que.... Verdaderamente... ella estaba muerta.

Puede que fuera por culpa de mi inocencia generada por los años pasados en aquel convento, pero, lo cierto es que, en un principio, pensaba cierta aquella leyenda, aunque con el tiempo... no tuve más noticias de aquel joven ni, mucho menos, de aquella patética historia.

Me despedí de los invitados alegando cansancio, me retiré a mi habitación, me peiné el pelo y me puse el pijama. Me acomodé entre las delicadas sábanas que un día también arroparon a mi madre y recordé, a cada gota de la todavía insistente lluvia, el intenso olor acanelado de su pelo.

PSEUDONIMO: Juliette & Cielito Lindo